

samente: «La guerra es el orden y la legalidad social...»

.....

De esta vez, Tirso saltó de la meridiana. Tinieblas profundas envolvían el saloncito. Á tientas encendió un fósforo, y la lámpara después. La luz hizo refulgir y brillar las armas dispuestas en panoplias por las paredes, y á Tirso le pareció más seria, más poética, más digna de la atención de un pensador su colección querida.



POLÉMICA

A Fray Conrado Muiños Sdanz, agustino, redactor de La Ciudad de Dios.

MI respetado señor y paisano: Su artículo, titulado «La crítica de *Pequeñeces* y *pequeñeces* de la crítica», está dirigido á mí exclusivamente; no será meterme en camisa de once varas el contestarlo, ya que por su seriedad, su forma siempre cortés y la importancia de algunos puntos que toca, merece atención y respuesta, habiendo tiempo.

Pero ante todo, permítame V. que descartemos de la cuestión al Padre Coloma y su célebre novela. Por ser tanto lo que sobre ella se escribe y habla todavía, y por haber publicado yo ahora precisa-

:

mente la biografía del autor y un estudio crítico del libro, confieso que estoy algo saturada y deseosa de pasar á otro asunto. Además, en la obrilla á que acabo de referirme se encuentran implícitamente contestados muchos de los cargos que en su artículo me dirige V.

Antes de que cruce con V. la pluma, exija la justicia que le salude como á compañero en letras, conocido mío desde muy atrás, cuando leí por primera vez sus lindas narraciones y cuadros de costumbres. Y ahora, sepa V. que al cortar las páginas del número de *La Ciudad de Dios* en que un religioso me ataca por no cumplir como católica (pues ataque es al fin, aunque tan cubierto de flores), tenía sobre mi mesa, recién llegados, dos números de un periodiquillo donde un quidam me atacaba también (poniendo en prensa el cerebro para destilar injurias), por defensora de los frailes; y cerca del periódico, varias cartas del extranjero donde se lamentaba que la *preocupación* fraileira obscureciese la claridad

de mi espíritu, en otras ocasiones tan brillante, etc. Pocos días después, mientras un ilustre amigo mío me acusaba verbalmente y en letras de molde de haber *inventado* al Padre Coloma, otro ex amigo, persona ciertamente muy digna, se desencadenaba contra mí, desde un pueblo de provincia y en un diario de la corte, por el delito de no haber yo llamado al Padre Coloma el único novelista, el santo y perfecto, no de España, sino del mundo. Y como el amor propio es nuestro gran bálsamo, se me ocurrió que debo de ser muy equitativa, muy imparcial, muy desapasionada.... cuando no doy gusto á nadie.

Para venir á lo que tratamos, examinados y condensados los cargos principales que V. me dirige, pueden reducirse á tres: el primero, haber escrito, después del *San Francisco de Asts*, libros de otra índole muy distinta; el segundo, haber censurado por *tendenciosa* la literatura católica de estos últimos años, sin censurar por *tendenciosa* igualmente la dela

escuela liberal; y el tercero, reservar todos mis halagos para escritores, «cuando menos liberales, aunque sean tan endebles como Ixart», mientras para los católicos «que no sean de primera fila» no tengo sino desdenes, «ó una especie de protección compasiva mil veces más mortificante que el desdén».

Hago examen de conciencia, y me abuelvo de estos tres pecados. Vamos al primero: á no haber seguido escribiendo libros como *San Francisco de Asís*.

Un libro, mi respetado Padre, si no se escribe en frío y violentando la naturaleza, siempre ha de ser fruto de *un estado de alma*. Cuando tracé la historia del Patriarca de Asís, que tal fortuna logró entre los lectores piadosos, atravesaba mi espíritu un período de tristeza, pero no estéril, sino activa: me sentía inclinada á contemplar, á vivir en el pasado, á frecuentar las iglesias, y,—digámoslo de una vez,—á rezar bastante. No me gusta hablar de estas cosas, porque si bien no alardeo, como V. dice, de carecer de sen-

timiento, repugno infinito su exhibición intempestiva. Refléjense en hora buena en el arte estas disposiciones en que yo me encontraba; pero ocúltense con animoso pudor tales celajes psíquicos, y guarde cada cual para sí las penas y desfallecimientos, cuidando de conservar, aunque sólo sea ante los mirones, la bella actitud de la serenidad.

Si hoy, modificadas las circunstancias que presidieron al nacimiento de aquel libro, me empeñase en escribir otro de índole parecida, sería una falsificación piadosa,—la más aborrecible de las falsificaciones;—sería, no lo dude V., *hipocresía intelectual*. El día menos pensado volverá mi alma á la orientación que tenía cuando hice el *San Francisco*; y entonces, crea V. que ningún falso respeto humano me impedirá producir otra obra del mismo carácter, como no me impidió trazar en un librejo titulado *La romería*, dos ó tres páginas á mi entender muy religiosas, que acaso no lo habrán parecido por no ajustarse al *tono oficial* de la

religiosidad literaria. Si escribo un estudio en que pienso muchas veces, y que titularé *San Fernando rey de España*, será que habré logrado renovar en mí fuentes de sentimiento que refrigeren mi corazón. Y basta para responder al primer cargo.

Pasemos al segundo. He censurado por tendenciosa una novela de Pereda, *De tal palo tal astilla*; pero hace años, en una Revista fenecida ya, publiqué un estudio, muy imperfecto como mío y como de principiante, sobre los libros de Pérez Galdós, en el cual tildaba por el mismo concepto á *Gloria* y sobre todo á *Doña Perfecta* y su extraño deseflase. Si hoy volviese á tratar de Galdós, insistiría en la censura, previa una salvedad que me impone el sentido crítico. Entre dos novelistas igualmente tendenciosos, si el uno posee aptitudes de pensador y el otro no las tiene sino de artista, apretaré las clavijas al segundo, porque lo hará mal, torciendo la corriente natural de su ingenio. Por eso soy más in-

dulgente, y hasta apruebo la tendencia en Galdós y Coloma, y la repruebo en Pereda y Alarcón. V. no estará conforme quizá, pues noto que otorga al escritor santanderino la primacía entre los novelistas españoles, dejando á Galdós en segundo término. No le pido á V. que *asienta*, sino que *comprenda*; por lo demás, quédese cada cual con sus preferencias, que el tiempo decidirá estas cuestiones.

No obstante, ya que me achaca V. ciertos apasionamientos, permítame formular una sospecha maliciosa.... Si Pereda hubiese escrito *Gloria*.... *Gloria* no, pero vamos, algo que sin ser *Gloria* tendiese al mismo fin que *Gloria* tiende.... V., que no se muerde la lengua y sabe encontrar el lado flaco, según demostró en la serie de artículos titulados «Realismo galdoniano», advertiría pronto ciertas deficiencias, no técnicas ni gramaticales, sino más hondas, que impiden á Pereda casi siempre llegar, *como novelista*, adonde llega *como artista*. Y no insisto, porque

si gusto del *suum cuique tribuere*, sentiría que se interpretase hoy la justicia distributiva como falta de consideración, siendo tan extremada la que á Pereda profeso.

Al leer el número de Mayo del TEATRO CRÍTICO, que se cruzó con el de *La Ciudad de Dios*, se habrá V. arrepentido — á fuer de persona de conciencia estrecha y castigada — de escribir que *La sonata de Kreutzer* «fué puesta en los cuernos de la luna, sin que para nada se mencione su tendencia». Porque habrá V. visto, en las páginas donde trato del *Dinero*, de Zola, y *La sonata de Kreutzer*, de Tolstoy, censuradas las tendencias del insigne eslavo, aunque sin desconocer la fortaleza y hermosura con que las expone y defiende. Cabalmente en Tolstoy descuelan el pensador, el moralista y el satírico: no estaremos acordes con su moral, su pensamiento y su sátira, mas tenemos que inclinarnos ante su genio.

De lo expuesto se deduce que el artista, consultando su interés propio, debe me-

dir sus fuerzas, y calcular si vale ó no vale para tendencias y *tiologías*. Y si no vale, más le conviene doblar el paño del púlpito ó descender de la tribuna y resignarse á no enseñarnos; *manco male*, como dijo el otro; diviértanos ó háganos sentir el deleite de la hermosura, y agradecerémoslo hemos.

Tercer cargo: que yo he ensalzado solamente á los escritores *liberales*. No sé de escritores liberales ó carlistas, Fray Conrado; de buenos y malos escritores, sí. V., que tendrá mejor memoria que yo, recuérdeme, por Dios, qué Santo fué aquél que habiendo llegado á una ciudad y deseoso de hacerse ropa, preguntó por el mejor sastre, y fuéle respondido que en aquella misma calle vivía uno muy cristiano y hombre de bien, á lo cual el Santo replicó: «No pregunto por un sastre cristiano y hombre de bien, sino por un buen sastre».

El ensalzar calurosamente á quienes no conciben la verdad como la concebimos nosotros, nace del mismo origen noble

de que nacía aquel amor que su padre de V., San Agustín, confesaba profesar á Hierio, orador romano, á quien dedicó el Santo sus tratados de lo Hermoso y de lo Conveniente. ¡Con cuánta verdad expresa el gran Obispo de Hipona este género de amor intelectual! Para él—dice—sería gran placer el que Hierio leyese sus libros, conociese sus estudios y su nombre: si Hierio aprobase sus escritos, Agustín se encendería más en quererle, mientras que si los reprobaba, sería una herida mortal para su corazón. Verdad que el Santo se acusa por este modo de sentir, tan inherente á la profesión literaria; pero este remordimiento propio de quien aspira á la altísima perfección de la santidad, no quita para que los que no somos Agustines podamos seguir amando á Hierio.

¿Que yo guardo mis halagos exclusivamente para escritores liberales? Pues cítenme á quién haya elogiado más veces, en libros, periódicos y correspondencia, á Menéndez Pelayo, á Pereda, al Padre Coloma, y á muchos que no rayan tan alto y

que me sería fácil nombrar, si no estuviese convencida de que V. los tiene presentes. Me pregunta V. «cómo se llama» el tratar de *anticuado y cursi y reptil* al que le pone á Galdós reparos literarios. ¿Es que le han tratado á V. de tales cosas por tales motivos? Pues eso se llama *fanatismo literario*, que también lo hay, y Dios nos libre de él. Contra esos necios desahogos, oídos de corcho y alma de bronce.

Volviendo á su artículo de V., si no me ofusco respecto al propósito general que le anima, creo que todo él puede sintetizarse en esta idea: que fué notoria exageración mía el congratularme porque al fin se publicaba una novela católica, obra de un Jesuíta, revisada y expurgada por cuatro censores de la misma Orden, y sin embargo cruda, franca, realista, más osada tal vez que ninguna. Claro está que al conceder yo «la absoluta compatibilidad del más acendrado catolicismo apostólico romano y el pleno cultivo del arte», cometí á sabiendas la figura retórica que consiste en aparentar que apren-

demos algo que muy de antemano sabíamos. ¿Pude yo dudar que cabe ser á la vez *artista y católico*? Lo que no cabe, ó al menos no cupo hasta hoy, es conservar reputación de lo segundo sin sacrificar lo primero; y aun así...

V. distingue cuidadosamente entre la prensa católica y el Episcopado. Es cierto: los muy reverendos Obispos son, por punto general, personas de suma discreción, dulzura, miramiento y tolerancia. Pero la prensa reaccionaria, esa prensa alborotadora á que se refiere V., ¿es acaso un fenómeno aislado, sin correlación moral con las multitudes que la leen, ó es más bien, como yo sospecho, el termómetro que debemos consultar para saber lo que se piensa de nosotros los escritores en ciertas esferas y en ciertos círculos? Hemos de atribuir valor, como síntoma, á la cultura y prudencia de los menos, de los que como V. muestran apego á las letras, y hemos de negarlo á la inquina, á la estrechez, á la amargura de los más?

V. mismo reconoce, con franqueza que

le honra, que en el campo católico abundan las prevenciones contra el género novelesco. V. mismo, recordando ciertas frases del Padre Coloma (no hay remedio sino citarle) en el prólogo de *Lecturas recreativas*, frases que infligen á la novela reprobación y humillación indefinibles, declara que, si opinase como el Padre Coloma, se cortarían la mano antes que escribir una novela ni un cuento, por aquello de que *non sunt facienda mala ut eveniant bona*. ¿Y cree V., Fray Conrado que, cuando se tiene, á falta de la mezquina vanidad personal, el noble orgullo colectivo de pertenecer al número de los que aspiran (si no consiguen) honrar á su patria y dejar en pos de sí, al morir, un leve destello de gloria; cree V., digo, que cuando un día tras otro depuramos nuestra conciencia y pensamos hacer obra santa, no nos sabe á rejalgarse y á acibar fino ese sistemático desprecio que nos reduce á optar entre dos papeles igualmente aiosos: el de corruptor de menores y peste del hogar, ó el de

confitero que envuelve en caramelitos las píldoras de la virtud para remedio de gente frívola ó tibia en la fe? No, Fray Conrado; yo no puedo disculpar esos excesos de celo. ¡Buenos están los tiempos para disculpas!

Si yo fuese amiga de citar casos personales, algunos citaríá muy curiosos, relativos á esa *haine de la litterature* que tanto nos aflige. Prefiero correr un velo sobre lo que á mí solamente atañe é importa. Y vea V. cómo soy la sinceridad andando: doy á V. la razón completa cuando me aconseja que no recele «que por su condición de mujer la envíe adonde la han enviado algunos á quienes tiene por más tolerantes y cultos que los que gastan corona». No abrigo ese temor, porque la experiencia siempre enseña, y por experiencia he visto que en las protestas que elevaron contra mí muchos individuos del clero en las columnas de *El Siglo Futuro* con ocasión de dos artículos de la *Romería*, se guardó bastante mesura, y no se traspasaron los límites

del decoro. No puedo decir otro tanto de cuestiones posteriores con otras clases que parecían más obligadas que el clero á preciarse de caballerosidad y buena crianza, y por eso siempre defenderé al clero de la imputación general de grosería, como lo defenderé de la de ignorancia mientras le honren personas como V. y otros Padres de esa ilustrada Comunidad, á quienes beso las manos.

Postdata. Sirvase V. decir al Padre Blanco García que he recibido el primer tomo de su obra *La literatura española en el siglo XIX*, y que aguardo al segundo para hablar de los dos juntamente. ¡Ah! Se me olvidaba. La palabra *pulpitables* no la inventé yo, ni, por lo tanto, es neologismo. En las obras de Feijóo la encontrará V. Muchas veces me sucede tomar palabras de autores clásicos, y que me atribuyan su invención. Ojalá.—Feijóo pedía tímidamente permiso para servirse de los latinismos *amputación* y *proyección*. En el día ¿quién no los usa?

